



El Excmo. Sr. Ministro de la Marina española, Almirante Regalado, lleva la espada de San Fernando en la procesión celebrada en Bilbao.

**C**UANDO me llamaron urgentemente al despacho del Director de Radio Nacional de España, no podía sospechar el motivo. Estaba disfrutando del permiso de verano, y, para mí, por un mes, estaba suspendido todo contacto con el cotidiano ajeteo periodístico.

—¿Qué sabe usted de la Marina de Castilla?—me dispararon a boca de jarro desde el otro lado de la mesa.

La pregunta estaba pidiendo a gritos un especialista en la materia. Sin embargo pude balbucir:

—Bonifaz... Gelmírez... La conquista de Sevilla... Las cuatro villas marineras... San Fernando...

—¡Basta! —atajó el Director—. Ahí tiene usted el programa oficial de los actos conmemorativos del VII Centenario de la Marina; busque los libros más importantes que hablen de nuestra Armada... ¡Sobre todo, hay un discurso muy interesante del académico señor Cotarelo!... No lo olvide; y salga esta misma noche para Bilbao.

En el departamento que ocupaba en el coche-cama del expreso, no se apagó la luz durante todo el viaje. Uno por uno fui leyendo los trabajos que habían costado muchas horas de investigación a los mejores historiadores españoles. El mozo me avisó cuando llegamos a Amurrio. Me levanté para afeitarme y desayunar. A pesar de la noche en vela, estaba satisfecho. La época de la fundación de la Marina, los lugares y los personajes principales de aquel memorable acontecimiento estaban, ya, perfec-



En San Vicente de la Barquera, el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, descubre una lápida conmemorativa del Centenario de la Marina.

# C R O N I C A

## DEL CENTENARIO DE LA MARINA EN EL NORTE



La venerada imagen de Nuestra Señora la Virgen de las Nieves es embarcada en brillante ceremonia para ser trasladada más tarde procesionalmente a su capilla de San Vicente de la Barquera.

tamente enmarcados. Ahora sólo me restaba pasarlos a todos a un segundo plano y ofrecer radiofónicamente las quince o dieciséis secuencias del magnífico guión que tenía en perspectiva. ¿Logré mi propósito? En el aire quedó la respuesta.

La revista **MUNDO HISPANICO** me pide una sinopsis de cuanto sucedió en aquel viaje inolvidable. Muchos de los que lean esta crónica conocen el paisaje y las ciudades del Norte de España. Y con muchos, también, este mismo verano, me habré cruzado a la vuelta de algún camino: en Guipúzcoa, Vizcaya, Santander, Asturias o Galicia. Por cientos pude contar los automóviles con matrículas de las distintas Repúblicas americanas. Hoy, estaréis de vuelta al nuevo Continente, después de un veraneo en cualquier playa del litoral cantábrico. Por fuerza, igual que yo, habréis vivido, si no todos, alguno de aquellos momentos que hicieron vibrar el orgullo común, al conjuro de uno de los acontecimientos más decisivos en la Historia del Mundo: la creación de la Armada Real de Castilla. Ella hizo posible la unidad española con la conquista de Sevilla; la defensa europea en Lepanto y, sobre todo, el suceso aquél que un historiador considerara el más importante después del nacimiento de Cristo: el descubrimiento de América.

Si me obligaran a resaltar uno sólo, el más importante, de los actos celebrados hasta ahora en este Centenario, no podría hacerlo. Todos estuvieron subrayados por el patriotismo desbordante del pueblo, al paso de las reliquias del Rey Santo y de los símbolos de la conquista de Sevilla. El desfile impresionante de los Guardias Marinas y de las dotaciones de los barcos de guerra —nombres gloriosos que iban siguiendo por el mar la misma ruta que, setecientos años antes, se marcara el Almirante Bonifaz para aprestar naves a la naciente Marina castellana— fué la más hermosa evocación de pasadas gestas y heroísmos. Y, precisamente, estos desfiles tuvieron lugar en esos puertos insignificantes para la Geografía, pero decisivos en la Historia de la Patria: Bermeo, Guetaria, Castro Urdiales, Laredo, San Vicente de la Barquera, Avilés, Marín... En muchos de ellos, los enormes castillos navales no tenían calado suficiente para fondear. Pero, allí estaban, a menos de cien metros de la costa, presidiendo con gallardetes y banderas, la grandiosidad de cada etapa.

Sin embargo, hubo algo en cada lugar visitado que me llamó poderosamente la atención y que llegó a producirme esa emoción sincera, incontenible, que brota de lo más hondo de nuestro ser. En medio de aquellas humildes gentes marineras que sentían fluir a borbotones el orgullo del haber tenido parte en la creación de la Marina española, estaban muchos americanos, que traslucían el sentimiento de raza con lágrimas y vítores. ¿Por qué no? ¿Acaso ante ellos no pasaba su propia Historia? ¿Aquella bandera de la Armada Real de Castilla no había agrupado, en fecha muy lejana, a sus antepasados para tomar Sevilla, para conquistar América?

Si no hubiera habido en esta conmemoración centenaria más que ese momento, ése en el que vibraron al unísono nuestros pulsos, nuestras almas, me daría por satisfecho de haber recorrido por tierra y por mar cientos y cientos de kilómetros, buscando la noticia y difundiéndola a los cuatro vientos por las antenas de la Radio Nacional de España.

Comenzaron los actos en Bilbao, con el depósito de las sagradas reliquias de San Fernando y los símbolos de la conquista en la capilla de San Ignacio de Loyola. Esto ocurrió en la noche del 18 de agosto. Caía sobre la capital vizcaína esa lluvia

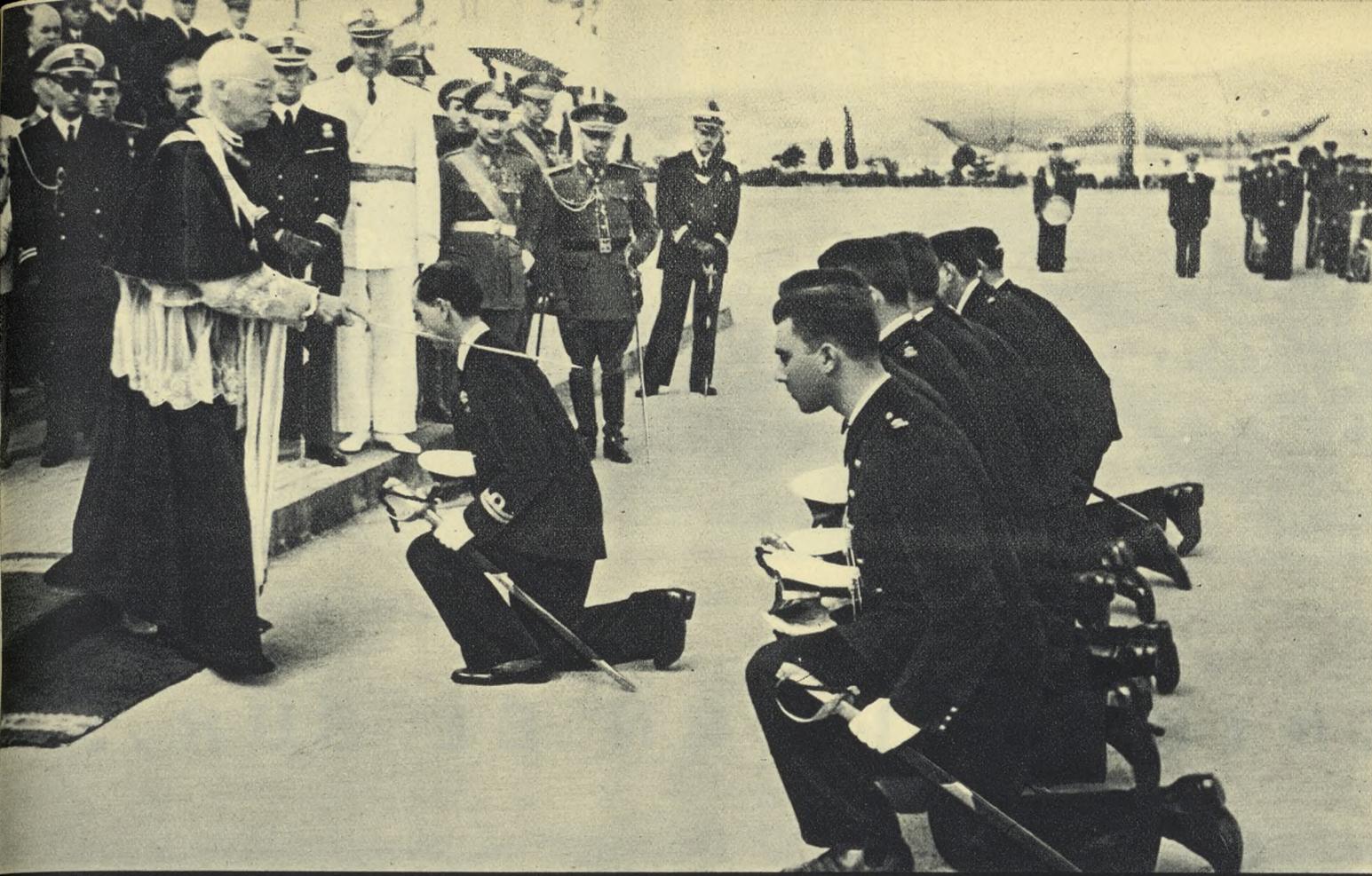


Las fuerzas de la Marina española desfilan por las calles de Pontevedra con motivo de uno de los actos celebrados.

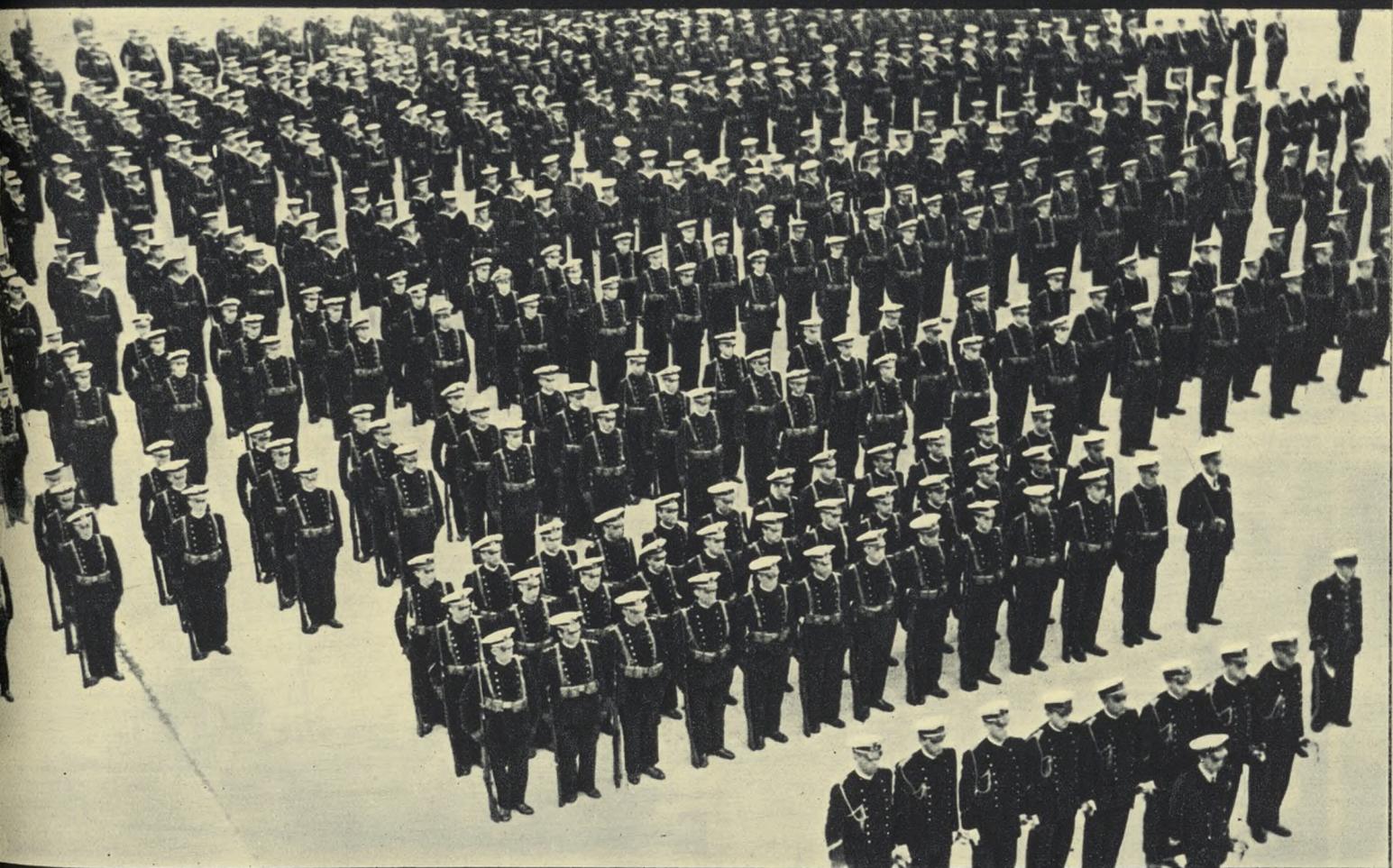


Las reliquias de San Fernando llevadas procesionalmente por las calles de Pontevedra.

persistente —«chirimiri»—, que para la comisión sevillana que portaba los sagrados objetos fué la nota divisoria de dos regiones climatológicamente opuestas. Ni ellos mismos se esperaban que, en pleno verano, pudiera ocurrir algo semejante: ¡llover! Los temores de un posible deslucimiento de los actos se desvanecieron a la mañana siguiente cuando nos dirigimos a la ría del Abra para embarcar en uno de los barcos de guerra —el «Sánchez Barcaiztegui»—, anclado a la altura de Portugaete. En un viaje maravilloso llegamos a Bermeo, cerca del mediodía. Las dos últimas millas del trayecto las hicieron el «Sánchez Barcaiztegui» y el «Jorge Juan» escoltados por la flota pesquera del laborioso pueblo bermeano, que no cesaba de lanzar al aire el grito estridente de las sirenas en señal de bienvenida. La etapa de Bermeo tenía el motivo justificadísimo de visitar la casa solariega de Alonso de Ercilla, autor de «La Araucana», en donde se había hecho instalación de uno de los Museos marinos más importantes que se conocen. Desde la época primitiva de la raza vasca, todos los procedimientos de pesca, aparejos, embarcaciones, etc., estaban allí para perpetuarse. Al día siguiente, Bilbao absorbió por completo el turno de los actos. Una imponente procesión por la ría del Abra sirvió para resaltar la virtud fundamental del pueblo español: guardar la tradición



Los caballeros cadetes reciben en Marín, sede de la más importante Escuela Naval de España, el espaldarazo con la histórica espada del Santo Rey Español.



Las fuerzas navales forman ante la Escuela Naval de Marín durante uno de los solemnes actos celebrados para conmemorar el VII Centenario de la Marina Castellana.

la ermita del «Baleares», con las reliquias del Rey Santo.

La etapa siguiente tenía su meta en Santander, y, a partir de la capital montañesa, tres ramificaciones: Castro Urdiales, Laredo y San Vicente de la Barquera. Juntas forman las «cuatro villas marineras», en cuyos astilleros, o atarazanas, se construyeron una buena parte de las naves que fueron a la conquista de Sevilla, al mando del Almirante Bonifaz, bajo las órdenes supremas de San Fernando y que hicieron posible la rotura del puente de barcas que los moros habían tendido de un lado a otro del Guadalquivir. Los escudos de cada una de estas villas ostentan orgullosamente este símbolo del puente roto y la nao entrando en cuña. Naves y marineros de este litoral contribuyeron decisivamente al éxito de aquella empresa, y, unas y otros, fueron las primeras unidades y los primeros marinos de la Armada Real de Castilla.

En el minador «Marte» cubrimos media singladura hasta Avilés. Iban formados en escuadra, con este buque, el «Hernán Cortés», el «Neptuno», el «Galicia» y el «Tritón». Uno tras otro, hicieron su entrada por la ría avilesina, formadas las tripulaciones a babor y estribor, las bandas militares, a bordo tocando vibrantes marchas, y a una y otra orilla de la ría, la multitud apiñada, vitoreando y aplaudiendo. Los fotógrafos y yo, los únicos que vestíamos de paisano en aquellos barcos de guerra, sentíamos, aunque fuera por casualidad, el homenaje tributado a los marinos, y juro que, en aquel momento, hubiéramos sido incapaces de pronunciar una sola palabra.

Avilés tiene en su escudo otra nao y el puente de barcas, y junto al escudo un nombre: Ruy Pérez de Avilés, capitán en aquella gesta inolvidable. Hasta ese escudo y ese nombre vino la comisión de los actos del Centenario portando las reliquias del Rey Santo para tributar el agradecimiento de España a un pueblo que supo engrandecerla y morir por ella.

Santiago de Compostela fué una etapa fuera del programa oficial. En el camino de Marín, nos detuvimos una mañana para ganar el Jubileo. Imaginad la grandiosidad de la Catedral compostelana abriendo la puerta de la Gloria para dar paso a los representantes de nuestra Armada que venían a orar ante el Apóstol, Caudillo de la Cristiandad, de quien el propio Rey San Fernando se consideraba Alférez.

dentro de ese progreso incontenible que, en la capital de Vizcaya, cristaliza en fábricas, minas, barcos, flanqueando esa arteria poderosa que ha surgido, milagrosamente, de la fusión del río Nervión y el mar que penetra en la campiña vasca hasta muy adentro.

Pasamos dos días después a San Sebastián, la playa aristocrática del Norte, Ministerio de Jornada en los tres meses estivales. Allí se resumió el deseo vehemente de los pueblecitos pesqueros en un solo acto, celebrado en la mañana del 21 de agosto. Frente al mar, una ermita perpetúa la gesta del «Baleares» en nuestra guerra de Liberación. Hasta aquel lugar fueron las reliquias del Rey Santo, primer Almirante de Castilla, para bendecir el esfuerzo de aquellos hombres —marinos de hoy— que supieron morir cantando. Algo inesperado puso un nudo de emoción en nuestra garganta. Hay una ceremonia, antiquísima, que viene celebrándose año tras año, en el pueblecito pesquero de Guetaria. Diecinueve hombres, desarrapados, macilentos, reproducen la llegada de aquellos otros diecinueve guetarianos que, mandados por Juan Sebastián Elcano, fueron los únicos que volvieron vivos a España después de la epopeya de circunvalar el Mundo. Esta ceremonia se celebra en Guetaria. Por primera vez tuvo lugar en San Sebastián, siguiendo la trayectoria procesional hacia

!Pontevedra y Marín!... Marín, con su Escuela Naval Militar, adentrada a once millas de la maravillosa ría. Aquí se forjan las promociones de oficiales de la Marina de guerra española, y aquí tenía que producirse la más grandiosa manifestación de entusiasmo. Cuando el Capellán Real de Sevilla, con la espada del Rey Santo dió el espaldarazo de caballeros a los Guardias marinas, ví reflejado, en un momento, a través de los rostros curtidos y enérgicos de aquellos muchachos, un estado de alma —nobleza e hidalguía— que era campo propicio para recibir el peso de una espada invicta, honrosa y santa. Nos alejamos de la costa y, por tierras de Castilla, llegamos a Burgos, donde iba a finalizar la primera parte de este Centenario. La ciudad situada a unos ciento cincuenta kilómetros del mar, tiene una gloriosa tradición marinera. Aquí nació el Almirante don Ramón Bonifaz, que mandó las naves que conquistaron Sevilla y que dejó una herencia inestimable a la Patria. Merced a él, las quillas españolas cruzaron los mares del mundo entero, descubrieron tierras, y, embarcados en ellas, los Misioneros de Cristo llevaron la Suprema Verdad hasta el último rincón del Globo.

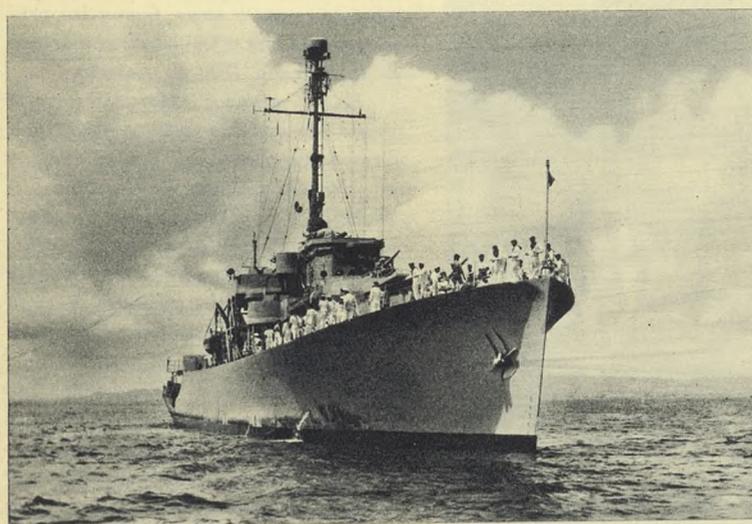


En la ciudad de San Sebastián se celebró una misa de campaña por los caídos del crucero «Balears» durante la guerra civil española.



Y los actos celebrados en el norte se clausuraron en Burgos llevando las reliquias de San Fernando a la catedral gótica de la ciudad.

## Y EL CENTENARIO EN EL SUR...



El buque escuela de los guardias marinas colombianos, «Almirante Padilla» zarpó el 20 de septiembre, rumbo a España, para asistir en Sevilla a los actos del VII Centenario de la Marina de Castilla y Reconquista de la capital andaluza por el Rey San Fernando.

Al través del Atlántico han llegado a España los buques que casi todas las naciones de Hispanoamérica enviaron al VII Centenario de la fundación de la Marina de Castilla y de la reconquista de Sevilla por el Rey San Fernando.

A partir del día 4, y a lo largo del río Guadalquivir hasta los muelles del puerto de Sevilla, se alinearon las embarcaciones de Hispanoamérica, enarbolando al viento los colores de sus banderas respectivas.

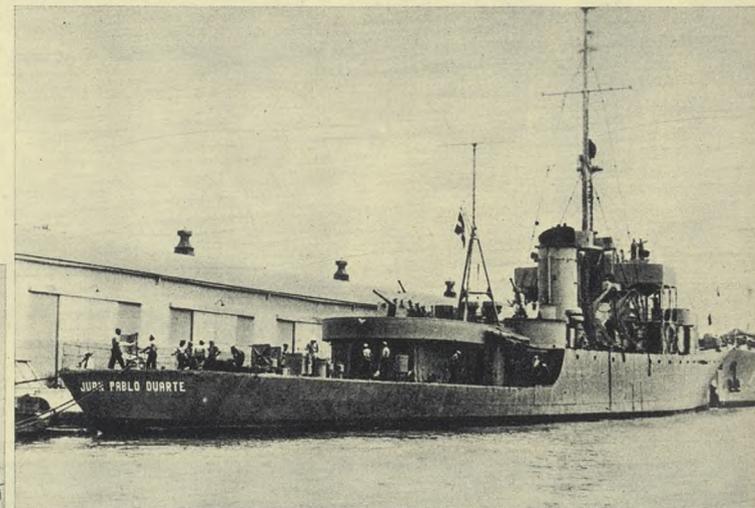
En este número, y en página de última hora, **MUNDO HISPANICO** recoge en amplia crónica, informativa y gráfica, los actos de mayor relieve y brillantez que, durante el mes de octubre y en el sur de España, clausurarán el VII Centenario de la Marina Castellana.



El Excmo. Sr. Presidente de la República de Colombia, Dr. Mariano Ospina Pérez, acompañado de su esposa y del Ministro de España en Colombia Excmo. Sr. don José María Alfaro, despide a la fragata «Almirante Padilla», que se sumó, en Sevilla, a los actos del Centenario.



De izquierda a derecha y de arriba abajo, reproducimos las fotografías de la misión argentina llegada a España para asistir a los actos conmemorativos de la fundación de la Marina de Castilla: Vicealmirante D. Carlos J. Martínez; Contralmirante, Malleville; Capitán de Navío Petrochi; Capitán de Navío Lynch; Capitán de Fragata D. Luis M. García; Capitán de Fragata Burzio



Arriba: La fragata «Juan Pablo Duarte», de la Armada de la República Dominicana, y a la derecha el buque escuela brasileño «Almirante Saldanha» que representaron a sus naciones respectivas en los actos conmemorativos del VII Centenario de la Marina de Castilla y Reconquista de la ciudad de Sevilla por el Rey de Castilla San Fernando.

